

Con sabor a

@PoderLectura



Vainilla

El Poder de la Lectura



@elpoderdelalectura



Lucía M.

@PoderLectura



El Poder de la Lectura



@elpoderdelalectura





Capítulo 1


—¿Qué tienes un qué? —suelto la taza de café sobre la mesa.

La cafetería se queda en silencio, todo el mundo nos mira y Natalia me manda a callar en seguida.

—Pero no grites tanto —dice en voz baja—, que se va a enterar todo el mundo.

—¿Pero cómo que tienes un esclavo? —susurro. 

—Un esclavo, Lu, un hombre que hace todo lo que yo le pida. 

—Ah, —suspiro aliviada— eso no es un esclavo, se llama marido, o novio en tu caso, y aprovecha porque eso es hasta que conoce a una más joven y te deja. 

—Que no, que yo tengo un esclavo de verdad, —carraspea— además de mis rollitos, ya sabes.

Me observa detrás de su taza humeante de capuchino. Pues no, no sé, no entiendo nada. Le doy un sorbo al mío.

—A ver, Lucía, ¿tú no has oído hablar de Grey?

—Sí, hija, sí, ¿quién no?

—Pues eso, pero Grey soy yo. Natalia Grey, o mejor, —celebra su ocurrencia—
Cincuenta sombras de Natalia.

—Entiendo que así es como se llama ahora a los ligues, ¿no?

—Que no, Lu, que no es un ligue, que es mi esclavo y punto.

—Natalia, no es legal tener esclavos —la interrumpo.

—Claro que es legal.

Arqueo las cejas.

—¿A mí me vas a decir lo que es legal y lo que no? —Protesto sacando la abogada de profesión que llevo dentro.

—Él quiere ser mi esclavo y me adora, —porfía— y a mí me encanta ser su ama y dominarlo.

Me humedezco los labios con el café y saboreo la crema con mi lengua.

—¿Y —me esfuerzo escoger bien mis palabras antes de hablar— qué te hace ese esclavo tuyo?

—Pues lo que yo le diga; me limpia, me hace la cena, me baña... —se aclara la

voz— me hace el amor.

—Ah, claro, ya decía yo que estaba tardando. ¿Y pagas por eso o es otra de tus locuras con los tíos?

—¡Qué voy a pagar, Lu! —Niega secándose los labios con una servilleta— Quiero que lo pruebes.

Casi me atraganto.

—¿Qué?, ¡Sí, hombre!

—¿Cuánto tiempo hace que te dejó tu marido?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cuánto?

—Dos años —pienso un instante— y cuatro meses.

—¿Ves?

—¿Qué veo?

—Que no lo has superado.

—Claro que lo he superado, además, lo dejé yo.

—Ya... ¿con cuántos hombres te has acostado desde entonces?

—Eso no quiere decir que no lo haya superado, yo no soy de ese tipo de mujeres ¿Qué quieres? No me mires así,

Yo no necesito un *de eso* que tienes tú, yo soy distinta. Estoy bien así, gracias.

—Vale, quiero que lo pruebes.

—No.

—Por fi, Lu, quiero que te lo quedes mientras estoy fuera.

—¿Qué me lo quede?, ¿dónde?, ¿en casa?

—Claro.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué pasa?, ¿él no tiene?

Piensa un instante.

—Mhmm, sí, pero vive conmigo.

—Natalia, ¿desde cuándo vive un hombre contigo?

Estoy alucinando, en serio.

—Me voy a París mañana al *Fashion Mois* —pronuncia en un exquisito francés—, será solo un mes. Así no estás tan sola en esa casa tan grande, ¿Cuánto tiempo llevas diciéndome que te hace falta un poco de aventura? Pues aquí la tienes en forma de hombre de uno noventa... ¡Y qué hombre! Con una melena rizada que tiene, una barba, unos ojos de estos que te



penetran – se ríe— y un culo... oh, si es que se me están quitando las ganas de irme, de verdad. A lo mejor me lo llevo conmigo.

—Pues llévatelo y os lo montáis en los ascensores de la Torre Eiffel, ya será lo único que te quede por hacer, ¿no?

Si es que aquí, el que no está loco, poco le falta. Un esclavo, dice. Un perverso que no tendrá otra cosa que hacer. A saber. Ah, espera, que se está pensando lo de la Torre Eiffel.

—De verdad, cómo eres —dice.

—De verdad, no, ¿qué le digo yo a mi hija cuando venga a verme? Oh, mira, Cristina, mi esclavo; me hace la casa por el día y por la noche... toma, pruébalo. Vamos, será que no tienes tú amigas a las que se lo puedas dejar a *eso*, no, a mí, a la más normalita de todas ellas, porque conociéndote, tengo que ser la más normal de todas.

—Y antigua.

—O tú muy moderna.

—Pues si le dieras una oportunidad a

las cosas nuevas, igual te iría mejor.

—Ah, que me va mal.

—Sí.

—Ah, vale, ¿y en qué me va mal?

—En todo —su tono se vuelve de un rebelde adolescente que me deja pasmada en mi sillón—, no puedes seguir pensando en el pasado, tienes que mirar al frente, ¿sabes? No puedes estar toda tu vida...

—Vale, Natalia, lo que tú digas —me echo hacia atrás en mi asiento.

—No, escúchame; la vida es como un viaje en coche y si no estás atenta a lo que te viene por delante, no te comes un colín. Tu problema es que no haces otra cosa que mirar por el retrovisor. Retrovisor para arriba, retrovisor para abajo, y cuando quieras salir de la autopista en la que te has metido, te vas a dar cuenta de que te has pasado la salida y de que las autopistas son aburridas y no llevan a ningún sitio. Kilómetros y kilómetros de vacío, de suelo gris. Tienes que ir por los pueblos, pasar por las ciudades, conocer

mundo. Tienes que querer salir de la autopista antes de que se te acabe la gasolina, Lu, antes de que te quedes sin gasolina y te veas tirada en el kilómetro cincuenta de cualquier carretera. Porque a los cincuenta, olvídate de salidas, de pueblos y de ciudades. A los cincuenta se acabó.

Espero a que se relaje sobre su sillón. Las dos cogemos de nuevo nuestras tazas. El café ya está frío.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—Vale, —cojo aire— entonces mi vida es un coche.

—Un *Panda* viejo ya para el desguace.

—Un *Panda*, está bien. Y quieres que tire los retrovisores y me salga de la carretera metiendo a un desconocido en casa porque se me va a acabar la gasolina en el kilómetro cincuenta.

—¿Lo vas a hacer?

—¡Por supuesto que no!

—¡Oh, vamos, Lu, Cash te va a encantar!

—¿Cash?, ¿Ese qué nombre es?

—El suyo.

—Ya, imagino, pero qué pasa, ¿no es español?

—Sí, claro.

—¿Entonces?

Sonríe enseñándome sus dientes como los enseñaría un depredador antes de lanzarse hacia su presa.

—Intrigada, eh. ¿Quieres conocerlo? Así se lo preguntas tú misma.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a meter a ningún loco en casa.

—Que no es un loco, cuando lo conozcas verás.

—Natalia, no lo voy a conocer.

—¿A las diez en tu casa?

Capítulo 2

—¿Oye, qué talla de pantalón tienes?

—¿Qué dices, Natalia?

—Es que te estoy comprando ropa para esta noche, que tenemos plan.

—¿Cómo que tenemos plan?

—¿Qué talla de pantalón tienes?

—No sé, hace mucho que no me compro un pantalón. La cuarenta y cuatro, creo.

—Lo que yo imaginaba —me acomodo el móvil entre el hombro y la oreja, y empiezo a pasar perchas—, ¿y de camisa?, ¿Una L o una XL?

—La XL.

—Vale.

Busco la XL entre todas las camisas y la comparo con la L. No me convence. Suelto la XL; que vaya apretadito mejor.

—Pero Natalia, ¿puedes decirme qué plan tenemos esta noche?

—Perdona, —llamo a la chica— ¿este en la cuarenta y cuatro la tendrías?

La chica comprueba el modelo y asiente dirigiéndose al almacén.

—Te voy a presentar a una amiga.

—¿A una amiga?

—Sí, para cuando me vaya mañana que te quedes con ella.

—¿Cómo que me quede con ella, Natalia?

—En su casa, ¿te lo cuento con un almuerzo por delante?

—Natalia, no entiendo nada. Que no es que te entienda muy a menudo, pero ahora sí que me he perdido del todo.

Y menos que vas a entender, pienso riéndome para mí misma.

—Por eso, te invito a comer fuera, ¿dónde te apetece?

—Pues te estaba preparando unas lentejas.

—Lo dejamos para la noche, bueno, espera, hidratos por la noche no. Bueno, mañana te las llevas a casa de Lucía.

—¿Quién es Lucía, Natalia?

—¿A las dos en La Raza?

* * *

A las dos menos cinco lo veo aparecer por la puerta del restaurante. Aunque el camarero le indica mi mesa, yo le levanto la mano. Lleva su melena rizada al aire, una americana oscura que no tarda en quitarse y una camisa de ejecutivo quizás una talla más de la que yo le he comprado. Por fuera, no me gustan las camisas por fuera en los hombres. Siempre por dentro.

—Miedo me das —me saluda dándome dos besos.

—Qué bien hueles —le digo ganando algo de tiempo.

—Me la regalaste tú.

—Por eso lo digo —le guiño un ojo.

Lo observo dejar la chaqueta sobre la silla y remangarse las mangas de la camisa como solo un hombre de verdad sabe hacer. El reloj que lleva también se lo regalé yo. Se sienta y abre la carta.

—He pedido salmorejo, que sé que te encanta, y aquí lo hacen muy bueno; y arroz del chef, ¿Quieres otra cosa?

—No, me fío de ti.

El camarero llega con una botella de vino, una botella de agua y dos copas.

—El agua para mí —dice él—; bueno, dispara que te conozco, ¿quién es Lucía?

—Una amiga que te quiero presentar — digo saboreando un sorbo de vino blanco.

—Ya... ¿y eso de que me quedo con ella?

—¿Cuánto tiempo haces que no sales con una mujer?

—Bueno, salgo contigo.

—Que no sea yo, tú ya me entiendes.

—No sé, desde que conocí a Elena.

—¿Y cuánto tiempo hace que no te acuestas con Elena? —tengo que especificar porque veo que no me sigue.

—¿A dónde quieres llegar, Natalia?

—¿Cuánto? —insisto.

—No sé, no recuerdo, mucho... ¿cinco, seis meses?

—Hijo mío... qué desperdicio— pronuncio mientras mis ojos se resbalan por sus hombros y su espalda.

—Si no fueras tú, pensaría que me

estás tirando los tejos.

—Lo hice en su día, pero siempre fuiste muy fiel. Qué idiota —vuelvo a darle un sorbo a la copa.

—¿Tú o yo?

—Obviamente tú, mira ahora cómo estás, con cinco meses de sequía.

—Prueba a tíramelos otra vez.

—Me gusta ser el primer plato, querido —me seco los labios con la servilleta-. Quiero presentarte a Lucía.

—Natalia, yo te lo agradezco, pero de verdad que lo último que me apetece es conocer a una mujer ahora. Hasta que no pase todo esto...

—¿Ni si tan solo fuera sexo? —le interrumpo.

Llega el salmorejo, un cuenco para cada uno. Luego el camarero se marcha.

—¿Cómo solo sexo?

—Solo sexo

—Nunca es solo sexo.

—Bueno, ya os lo arregláis entre vosotros.

—No sé, me huele a una de las tuyas.

—No me digas que nunca has buscado solo sexo en una relación.

—Sí, pero no sé si tengo la cabeza...

—Pues nada —le interrumpo—, sigue revolcándote en tu propia mierda, que ella seguro que está haciendo lo mismo.

Suspira. Lo observo jugar con la cuchara en su cuenco de salmorejo. Sus ojos me descubren y yo finjo apartarle la mirada.

—¿Quién es esa tal Lucía, a ver?



Me llevo una cucharada de salmorejo a la boca intentando disimular una sonrisa orgullosa.

—Una amiga.

—Ya, pero dime algo más.

—Quiere ser tu ama.

—¿Cómo?

—Le he contado una pequeña mentirijilla —él se echa para atrás sobre su silla—, no, escúchame, es que ella es muy moderna, ¿sabes?

—¿Qué le has contado, Natalia?

—Que tú y yo tenemos una relación ama y sumiso.



—¿Eso qué es?

—Eso es que tú eres mi esclavo sexual
—sus ojos me miran bien abiertos, no
entiende nada—, ¿te suena Grey?

—No fastidies, Natalia, ¿pero por qué
le has dicho eso?

—Porque tú le gustas.

—¿Me ha visto?

—Sí, y se muere de ganas de dominarte
—siento como se le seca la boca y tiene
que beber agua de su copa—, le pones
muchísimo.

—¿Y no le vale el sexo normal?

—No. Desde que dejó a su marido no
quiere sexo con hombres, quiere
dominarlos —digo recreándome en mis
palabras.

—¿Y eso qué es?, ¿Un trauma que le ha
quedado?

—Eso es que tienes que estar a su
entera disposición, vamos, lo que soléis
hacer, tener sexo cuando nosotras
queramos.

—Hombre, tampoco es así...

—Lo es —no le doy opción a réplica- ¿Te

gusta la idea? Va, sé sincero –me inclino hacia él—, te pone.

—No sé, Natalia –se desabrocha el último botón de su camisa. Yo vuelvo a disimular una sonrisa.

Llega el arroz. El camarero se lleva los cuencos de salmorejo. El de él entero, con los nervios casi ni lo ha probado.

—Veintiún días a los pies de una mujer –empiezo a susurrar muy cerca de él—, a su entera disposición para que juegue contigo para su propio placer. Y para el tuyo.

Vuelve a beber agua. Me mira agobiado sin saber qué decir. Yo sonrío para mí misma mientras alargo ese silencio que poco a poco va plantando la semillita.

Mientras me llevo una pinchada de arroz a la boca, lo observo desorientado sin saber muy bien cómo atacar el plato. Al final, explota. Y a mí me da un no sé qué de alegría por dentro que intento disimular.

—Natalia, me metes en unas cosas...

—Te encanto, lo sé —celebro disfrutando de la carne de venado del arroz-, por cierto —doy un sorbo a mi copa de vino—, hay una cosa más.

—A ver, ya no creo que vaya a sorprenderme nada... ¿o sí? —rectifica.

—Para ella te llamas Cash.

—¿Cash?

@PoderLectura



El Poder de la Lectura



@elpoderdelalectura

